

Miguel ORDUÑA CARSON y Alejandro DE LA TORRE HERNÁNDEZ (eds. y coords.): *Historia de anarquistas. Ideas y rutas. Letras y escenas*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, 2017, 341 pp., ISBN: 978-607-539-038-3

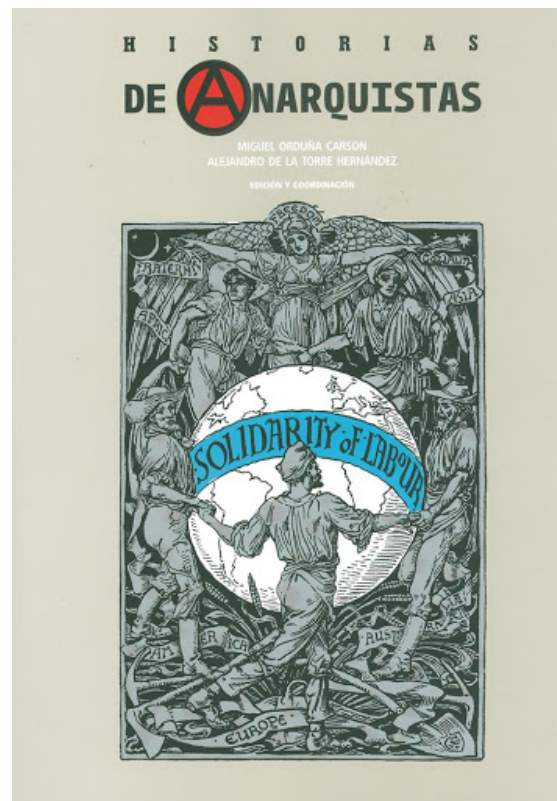
Benjamín Marín Meneses
Universidad Veracruzana, México

Relatos sobre una guerra contra los Estados

Cuando se habla de anarquismo implícita y subyacentemente también se habla de guerra, de una conflagración en contra del Estado, de la religión, del capital y de la propiedad privada. *Historia de anarquistas. Ideas y rutas. Letras y escenas* no es una excepción en este sentido; se trata de una obra de 10 ensayos que dan cuenta de una serie de estrategias de resistencia, de un grupo de actores que destinaron partes de su vida a pelear por su ideología y que, en suma, vivieron de cerca algunas experiencias importantes y determinantes en el devenir ácrata.

Miguel Orduña Carson y Alejandro de la Torre Hernández presentan un compilado de textos que atestiguan la heterogeneidad del movimiento anarquista, abarcando desde la concepción individual hasta la comunal, de la regional a la nacional e incluso mundial, encontrando en la mayoría de ellos un eje articulador: México, entendido como espacio geográfico en el que circularon anarquistas, con sus periódicos y con sus actos propagandísticos y reivindicativos.

Si bien a últimas fechas ha habido un resurgir de investigaciones interesadas en el anarquismo, incluyendo trabajos compilatorios como *Cultura y política del anarquismo en España e Iberoamérica*, de Clara E. Lidia y Pablo Yankelevich, publicado por el Colegio de México en 2012, la mayoría se impregnan de rigores académicos que marginan otros tipos de elaboraciones establecidas fuera de los mismos, centrándose en los aspectos filosóficos y no tanto en los prácticos. En este sentido, Carson y De la To-



re realizan dos aportes, uno metodológico y otro de contenido. El primero es acercar la narrativa a los aspectos cotidianos y sociales del anarquismo en demérito de los debates ideológicos; el segundo es incluir en el libro tanto a investigadores reconocidos como a investigadores independientes, asumiendo el reto de no regirse por estructuras académicas o guiones preestablecidos que repriman los estudios del anarquismo, obteniéndose una mezcla interpretativa acorde a lo que el libro intenta demostrar: la multiplicidad en las maneras de resistir y pelear.

El resultado es una monografía amplia a nivel espacial y temporal, abierta a reflexiones de tintes varios. Sin embargo, pese a ser una intentona innovadora, las prosas de algunos colaboradores carecen de trabajos documentales profundos, hecho contrastante de un artículo a otro, viéndose apartados con numerosas citas y referencias bibliográficas mientras que otros adolecen de la carencia de evidencias en la investigación. Empero, el valor historiográfico no debería ser cuestionado, porque en aspectos generales el documento no se ve mermado; las fallas que pudieran advertirse en observaciones aéreas se solventan con una organización fluida y estructurada.

Tras la introducción, David Doillon abre las historias de anarquistas con un repaso de las vidas de los franceses Octave Jahn y Paul Bernard, actores cuyas redes en la España decimonónica influyeron sobremanera en los movimientos libertarios ibéricos. Ambos personajes eran afines a la llamada propaganda por el hecho y a la implementación de la violencia como herramienta revolucionaria. De orígenes humildes, su activismo empezó en su juventud, andando de un lugar a otro organizando mítines y apoyando a la prensa anarquista, lo cual hizo que fueran arrestados constantemente, teniendo que cambiar de domicilio y de país a menudo. En medio de su peregrinar se encontraron en suelo español, concordando con la asimilación de posturas incendiarias y antiparlamentarias. La policía, consciente del peligro que representaban para el orden social, abrió un expediente con sus apellidos: “Jahn-Bernard”. Tal parece, de acuerdo con la investigación de Doillon, su convergencia duró poco y cada cual siguió adelante luchando desde trincheras diferentes, coincidiendo de nuevo en 1894 en Lyon, donde se les condenó a dos años de prisión. La cacería de las autoridades empujó a que Bernard dejara su activismo más radical; mientras tanto, Jahn cumplió su sentencia, reinició su activismo en Marsella y finalmente se mudó a México, integrándose al Ejército Zapatista durante la Revolución, participando en la Casa del Obrero Mundial. Este último falleció en 1917.

En el siguiente apartado, escrito por el coordinador Alejandro de la Torre, se atestiguan las andanzas de los anarquistas hispanohablantes en Nueva York. Estados Unidos ha sido desde siempre un lugar emblemático para los anarquistas; dentro de sus fronteras acaeció el llamado martirio de los obreros de Chicago, evento resaltado en todos los calendarios proletarios del mundo. El puerto neoyorkino no fue excepción en la importancia del caso norteamericano, ya que por sus propias características sirvió

de punto de contacto entre corrientes anarquistas de todo el mundo. A sus muelles llegaban embarcaciones atestadas de migrantes europeos, latinoamericanos y asiáticos con sus respectivos idiomas e ideologías. Por mencionar algo, de la Torre comenta que en las casas de Nueva York vivieron grandes celebridades libertarias: Emma Goldman y Alexander Berkman; por sus calles transitaron brevemente Malatesta y Kropotkin. Lo cosmopolita de la ciudad se reflejó en el nacimiento de periódicos no impresos en inglés. Pese a que los hispanohablantes eran poco numerosos en comparación con italianos o franceses, el alcance de sus órganos propagandísticos tocó tierras cubanas, contactó al sur con simpatizantes del magonismo y también se exportó a Europa. Y a la inversa, la prensa introdujo noticias de las tierras hispanoparlantes, llegando a sus lectores líneas que daban cuenta de la Guerra en Cuba, la Revolución en México y de la pedagogía de Ferrer Guardia.

El tercer artículo narra la repercusión que tuvo el anarquismo en la resistencia subalterna en la zona norte de Perú. La doctrina ácrata se adaptó a las especificidades peruanas, consistentes en la explotación azucarera. Debido a las plantaciones y a la introducción industrial, los campesinos perdieron tierras y se vieron sometidos por un sistema cuasi feudal. Su situación apremiante permitió que abrazaran con entusiasmo una filosofía emancipatoria introducida por los anarquistas Manuel Uchofen y Julio Reynaga, ambos intelectuales autodidactas que tomaban por menester la unificación de las luchas urbanas y rurales. Su agitación desembocó en la fundación de varios periódicos y de ligas artesanales y obreras. Su prensa difundía la desigualdad vivida en el campo y articulaba fuertes críticas en contra de los hacendados del azúcar. De posición internacionalista, Uchofen y Reynaga exportaron publicaciones de Kropotkin Reclus, Rocker, Gori y Magón. De este último adoptaron los lemas de “Tierra y libertad” y “Pan para todos”. Como metodología propagandística recurrieron a las vías artísticas de la música y la teatralidad, logrando influir en las rebeliones de la zona o sumando activos cuando ya habían dado comienzo.

La cuarta historia viene de la pluma de Aurelio Fuentes Fernández y es una crónica sobre las andanzas de Abelardo Saavedra Toro, anarquista español. Llegado a Cuba en 1907, se propuso comenzar una gira de difusión en la isla caribeña. Habiendo dejado atrás varios años de lucha en Europa, se sumó a los grupos ácratas que deseaban llevar la Idea a todas las regiones cubanas, apoyando enérgicamente en los debates sobre la utilidad del anarquismo. Gracias a su ímpetu se fundaron periódicos y grupos de afinidad que establecieron nexos con España, Inglaterra, Estados Unidos y México. Desde las columnas de *¡Tierra!* criticó el actuar de Porfirio Díaz y la represión patentada por su gobierno, misma que lo alcanzó a manera de proceso judicial, por la ira que sus palabras despertaron en el presidente mexicano. Su obra hizo eco en la península yucateca y contactó con simpatizantes magonistas de la región, a la par que impulsó la creación de escuelas racionales en Cuba inspirado por Ferrer Guardia. Ex-

pulsado definitivamente de la isla en 1915, regresó a España para continuar su activismo. La vida le alcanzó para conocer a Durruti, García Oliver y a los hermanos Ascaso, afamados combatientes dirigentes de la lucha antifascista durante la Guerra Civil española.

Para la mitad del libro nos encontramos con una semblanza de Mario Castillo Santana sobre la producción historiográfica de Agustín Souchy, escritor y periodista nacido en Polonia, que documentó varios procesos revolucionarios, entre ellos el cooperativismo cubano. Castillo Santana resalta que el trabajo literario hecho por Souchy ha sido subestimado dentro de los estudios que abordan el proceso revolucionario en Cuba. El valor de *Testimonios sobre la revolución cubana* se encuentra en que, a diferencia de otros escritos, criticó los fracasos que los izquierdistas trataron de ocultar. En su momento, el texto fue tan importante que rivalizó con Jean-Paul Sartre en cuanto a la interpretación que se daba del cooperativismo. El francés pensaba, desde una perspectiva marxista, que las bases de la cooperativa ya existían en la antigüedad por la afinidad natural de la humanidad, y que la revolución sólo las hizo evidentes. Por su parte, el polaco-alemán planteaba que la cooperativa no era natural, estaba construida en torno a los deseos de dinero y la renuncia de la autonomía. A su entender, un verdadero cooperativismo debía basarse en un consenso voluntario e igualitario para repartir la riqueza equitativamente, algo que en Cuba no pasaba. Pese a las críticas que a su trabajo puedan surgir, Castillo piensa que *Testimonios sobre la revolución cubana* de Souchy es un documento fundamental para repensar la historia del cooperativismo.

Al texto de Castillo le sigue el de Elisa Servín, concerniente al corto periodo en que Frank Tannenbaum estuvo ligado al anarquismo. Durante su juventud, el a la postre docente en la Universidad de Columbia, participó activamente en el llamado “movimiento de los sin-empleo”, una agitación que consistía en que los menesterosos se acercaran a las iglesias a pedir asilo y comida. En ese tiempo se ganó el afecto de Emma Goldman y Alexander Berkman; gracias a sus trabajos de imprenta tuvo ligaduras con los magonistas, permitiéndole construir un propio pensamiento mezclado con su lectura de Platón y de los diarios de la Industrial Workers of the World. Diferenciando con los métodos violentos de otros anarquistas, entendía la propaganda por el hecho como una herramienta de agitación que no necesariamente tenía que emplear tácticas incendiarias. Así nacieron las marchas de los desempleados, una suerte de acción directa que intentaba llevar la pobreza a ojos de la opinión pública. Después de una seguidilla de éxitos en los templos protestantes, fue detenido al momento de intentar ocupar un recinto católico. Su arresto motivó múltiples muestras de repudio, sin embargo, el año que permaneció en prisión le sirvió para instruirse y alejarse paulatinamente del anarquismo. Por sus ideales se ganó el apoyo de Grace Childs, esposa de un importante empresario, quien abogó por él para que ingresara a la Universidad. Sus

estudios terminaron de apartarlo del activismo, pero mediante sus escritos e investigaciones mantuvo cierta ligadura con los movimientos obreros y sindicales.

Continuando, José Luis Gutiérrez Molina presenta un debate historiográfico contra las posturas de historiadores que demeritan el papel del anarquismo en Andalucía. El problema fundamental es que el franquismo reprimió duramente la prosa ácrata, creando perspectivas históricas que sepultan el papel determinante que jugaron los anarquistas en los campos andaluces. El que investigadores dentro de España se imaginaran que las comunas libertarias eran milenaristas, apoyadas en creencias místicas y no en una consciencia de clase, hizo eco en reconocidos historiadores como Eric Hobsbawm, que las tildó de organizaciones prepolíticas dentro de su libro de *Rebeldes primitivos*. A sus ojos, el marxismo académico contribuyó bastante a infravalorar la cotidianidad ácrata, por lo que hechos como el federalismo, la expropiación, las decisiones en asamblea y el trabajo en pro de los campesinos tienden a ser ignorados. Gutiérrez invita a reflexionar sobre el tema, cosa que ya inauguró Temma Kaplan en sus refutes al libro de Hobsbawm, pero que aún deja espacio para el análisis de los procesos de cacería contra los anarquistas que huyeron de la zona al final de la Guerra Civil.

Por octavo capítulo aparece una interpretación por parte de Anna Ribera Carbó de *Máximo*, autobiografía de estilo novelístico de Ernesto E. Guerra. La autora entiende que la obra se escribió a causa del impacto que tuvo en ella la vida de Francisco Ferrer Guardia. Previo a escribir la novela, Guerra entabló contacto con Flores Magón, estuvo exiliado en Londres, se integró a las fuerzas maderistas durante la Revolución Mexicana, escribió para la Casa del Obrero Mundial y viajó a España, donde contactó con Ferrer Guardia. *Máximo* da cuenta de todo el viaje que Guerra afrontó, pero la atención se centra en las líneas en las que narra su encuentro con el pedagogo catalán. De su interés fue el proyecto educativo emprendido por Ferrer Guardia, reflejándose en su posterior trabajo para traducir libros a emplearse en la escuela racionalista; en esa línea, su idea de revolución era pacifista y de cambio gradual, renegando en cierta manera del actuar violento de los anarquistas catalanes. La autobiografía concluye con una manifestación en Londres por el fusilamiento de Ferrer Guardia, con un final optimista que sugiere que se puede construir un mundo mejor.

Cerca del cierre, Ulises Ortega Aguilar arroja luz a los años en los que el anarquismo mexicano cayó en letargo, después del declive del magonismo y de la Casa del Obrero Mundial. La historia que narra resalta a la figura de Efrén Castrejón, zapatero libertario que fue miembro fundador de la Federación Anarquista Mexicana y responsable de la reedición de *Regeneración*, logrando difundir el ideario ácrata hasta 1980, peleando constantemente con el sindicalismo de Estado y contra la censura y las agrupaciones marxistas, alcanzando a polemizar contra el muralista Diego Rivera. El periódico se opuso al nacionalismo, al comunismo y a la democracia. De hecho, la FAM tuvo entre sus filas al escritor Jacinto Huitrón, gestor de una librería dentro de la or-

ganización. Ortega achaca que el estancamiento del anarquismo se debió al abandono de la radicalidad, pero destaca que la FAM fue de las organizaciones anarquistas más importantes en México durante el siglo XX.

El último documento es firmado por el otro coordinador, Orduña Carson. Su artículo versa sobre las formas en las que se ha pensado el anarquismo del presente y del pasado. Realiza una contextualización histórica para reflexionar sobre las dinámicas que han caracterizado el estudio de los anarquistas en México, profundizando en los aciertos y fallas de los historiadores de mayor renombre que han destinado investigaciones al tema, como José C. Valadés y John M. Hart. Su debate historiográfico se muestra interesante, pero es su análisis a la figura del anarquista como destructor del *status quo* lo que resalta en su trabajo. Recurriendo a las notas periodísticas que en los últimos años han visto la luz demuestra cómo la percepción del anarquismo poco ha variado a lo largo de las décadas, ya sea el anarquista que pelea contra la policía en el siglo XXI o el ácrata que organizaba huelgas en el siglo XIX; la letra “A” circulada sigue siendo objeto de repudio moral, porque es símbolo de destrucción y guerra, guerra contra el Estado.